





Cosas que nunca te dije



COLECCIÓN  
NARRATIVAS

MARÍA JOSÉ VIERA-GALLO

# Cosas que nunca te dije

---

Tajamar  
Editores

---

Cosas que nunca te dije  
© María José Viera-Gallo, 2013  
© Tajamar Editores Ltda., 2013  
Mariano Sánchez Fontecilla 352, Las Condes. Santiago  
Teléfono: (56-2) 2245 7026 /28 / 32  
info@tajamar-editores.cl  
www.tajamar-editores.cl  
Inscripción en el registro de Propiedad Intelectual: 242.604  
ISBN: 978-956-9043-46-8

Concepto de portada: Manuela Viera-Gallo, Catalina Marchant V.  
Fotografía portada: Carla Mckay  
Modelo de portada: Ingrid Insensee  
Impreso en Chile/*Printed in Chile*  
Primera edición: Junio de 2014

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio,  
ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación o de  
fotocopia, sin autorización previa del editor.

*«Si los sueños  
no se realizan  
es por despertar  
antes de tiempo».*

Cecilia Casanova  
«Sueños»





Zürich

---



*Para los cinco*

I  
(O EL MOMENTO EN QUE UN HOMBRE  
TOMA UNA PISTOLA)

Ahora que mi papá bebe y yo, mi mamá y mis hermanas también bebemos, ciertos almuerzos suelen durar más de la cuenta. Los primeros vinos se destapan a eso de la una. Los últimos, pasadas las cuatro. Entre medio, se come. Pescado, machas, berenjenas, melones, un menú exagerado que mi papá empieza a preparar desde temprano cuando nadie piensa en comida.

Es verano, estamos en el norte, y tenemos derecho a eso; a lavarnos los dientes con cucharas de palo, a reírnos sin razón, a discutir por discutir, a empujarnos involuntariamente al Pacífico helado y terminado el día, a tomar nuestros respectivos libros, ponernos pijama y acostarnos sin decirnos buenas noches. Somos una familia que no cree en los saludos de buenas noches. Una familia, en ese y otros aspectos, muy funcional. Si la luna llama la atención allá afuera, salimos a verla, si hay un programa interesante en la TV, lo comentamos; si alguien nos cae mal, hablamos pestes de esa persona hasta no tener nada nuevo que decir (por lo general es alguien famoso e irritante).

Mi papá tiene «un tumor maligno» y eso también es un tema compartido. No es que se esté muriendo, pero tampoco va a vivir demasiado. Es probable que el próximo verano no pueda comer y beber como lo hace ahora. Y que en un par de veranos más deba seguir una dieta estricta. Y que más adelante, su puesto en la mesa esté vacío.

Mientras tanto, él sigue bebiendo, comiendo y contando historias, tres cosas que hace a la perfección.

En su última historia hay un hombre llamado Litre Quiroga y una pistola.

Qué pistola, cuándo has tenido tú una pistola en tus manos, se ríe mi mamá mientras le cambia su copa de vino por una de agua. Todos en la mesa sabemos que la mitad de las cosas que dice son inventos, desvaríos propios de su personalidad, pero desde que yo y mis hermanas tenemos memoria le prestamos la misma atención a sus fantasías que a sus historias verdaderas.

Hay una verdad que por muy conocida, nunca deja de sorprendernos: la noche del 11 de septiembre de 1973 estuvo a punto de ser hombre muerto. Era, sin exagerar, uno de los diez hombres más buscados por la Junta Militar. Su cabeza incluso tenía un precio. En nuestro imaginario casi fuimos huérfanas, y esto hace que siempre pidamos perdón por todo y agradezcamos cualquier cosa.

—¿Nadie se acuerda del Litre Quiroga? —alega cambiando de nuevo su vaso de agua por uno de vino.

*Nadie* son sus viejos amigos, todos tipos con sus setentas a cuestas, a quienes también les gusta compartir anécdotas pasadas.

Litre era el director de Prisiones en la UP, recuerda, un gordo comunista vividor, un tipo que le tenía especial

afecto a él, a quien, a sus veinticinco años, seguramente veía como «un ingenuo y pelado burgués del MAPU». Almorzaban juntos con regularidad en Gendarmería, chismeaban sobre asuntos internos del Ministerio de Justicia, pero sobretodo conversaban de comida. A Litre también le gustaban las berenjenas, algo raro en un país sometido a la demagogia de la empanada, la cazuela y los porotos granados. Pocos días antes del golpe, Litre, quien conocía el valor de un arma, le pasó su pistola «porque seguro se viene lo peor». Mi papá le dijo que se la guardara para él o algún camarada, que él no se merecía un regalo como ese. Insistió. Probablemente por lo de las berenjenas.

—Todos ustedes se equivocaron con el golpe —sigue—. Litre no.

La noche del 11 su cuerpo apareció flotando en el río Mapocho. Mientras Litre navegaba por la ciudad, mi papá huía de nuestro departamento con un carnet falso y la pistola en el bolsillo, dispuesto a dispararle a cualquier fascista —civil o militar— que intentara detenerlo. De sólo imaginarse en un calabozo torturado, prefería morir a quemarropa.

Nunca disparó una bala. A diferencia de muchos de quienes están en la mesa, fue y sigue siendo del ala temblorosa del MAPU. Si bien tenía un nombre chapa (el muy heroico Juan Bautista) jamás arriesgó su cabeza por ingresar clandestino a Chile. Pasó sus once años de exilio escribiendo artículos en su máquina Olympus. Cree, no está seguro, que el arma de Litre, la dejó guardada en el departamento de un cura de izquierda en el barrio Yungay, antes de refugiarse en la embajada de Italia.

La pistola era una Colt de calibre .45.

## II

### (O EL MOMENTO EN QUE LOS AEROPUERTOS SE CONVIERTEN EN LUGARES TRISTES)

Tuve una infancia con escalas.

Aprendí a dormir en aeropuertos, a recoger monedas de toda Europa del suelo, a medir el tiempo de las despedidas según los llamados de embarque. Aprendí también que los viajes felices eran en auto; los tristes, en avión.

El primer viaje triste fue en 1974. El último, en 1985.

Mis conocimientos geográficos de Chile se reducían a un póster de Valparaíso que teníamos en la entrada de la casa y a las visitas a Santiago que hacíamos para las vacaciones del colegio.

Durante esos viajes, el exilio pasaba a ser apenas un juego de manos y estaciones; una mano se iba con mi mamá al invierno color ceniza de Santiago, la otra dejaba a mi papá y su Olimpus en el bullicioso verano de Roma.

Para llegar a Chile, a veces teníamos que pasar por África, sólo porque era más barato que los vuelos directos. En los jumbos de entonces no existían pantallas individuales ni menos un menú de monitos animados. La mitad del avión fumaba y bebía, la otra leía. Yo y mis hermanas dormíamos debajo de la corrida de cuatro

asientos, tendidas en el suelo, y nunca jodíamos a la azafata con lápices, jugos o golosinas. Sólo le pedíamos que nos avisara cuando empezáramos a cruzar el océano. Durante años fuimos expertas en cronometrar ese suceso.

En cuanto pisaba el aeropuerto Pudahuel recuperaba la jota de mi nombre pero perdía a mi papá.

A mi papá en realidad lo perdía mucho antes, cuando quedaba confinado al otro lado del vidrio de policía internacional.

He intentado reemplazar sin éxito la imagen detrás de ese vidrio por otra más actual y quizás veraniega. En mis recuerdos siempre lleva un impermeable beige, una boina negra cubriéndole el escaso pelo y tiene menos de cuarenta años. Se ve cansado, pero no derrumbado. Cansado —y ahora lo entiendo— de criar a tres hijas, de hacer largas filas para todo (permisos de estadía o de trabajo, inspección en aduanas por culpa del estatus de refugiado político en su pasaporte), de despedirse de nosotras verano europeo por medio.

La de agosto de 1983 fue la última despedida.

Normalmente viajábamos desde Fiumicino, pero ese año mis papás encontraron una oferta en un Lufthansa que salía de Zúrich. Sin dudar subimos las maletas a la parilla de nuestro Volkswagen blanco rumbo a Suiza. Fue un viaje de once horas, un viaje en auto, un viaje feliz. Atravesamos el túnel más largo del mundo, cantamos himnos de la resistencia *partigiana* anti fascista, («Bandiera rossa» era nuestro hit), paramos en una gasolinera a comer yogures blancos suizos.

Por un momento quise que nuestras vacaciones no dejaran nunca esas autopistas que otros veranos nos

llevaban a lagos, playas, hostales con gatos y casas de chilenos amigos, siempre acompañados de nuestra bolsa de picnic y de una cámara de fotos cargada de un rollo de diapositivas.

Llegamos al aeropuerto sin entrar a la ciudad. El vuelo a Chile se había atrasado y mi papá no quería dejar a mi mamá sola en la sala de embarque. Nos ingeniamos para hacer hora en el duty free. Creo que fue entonces cuando aprendí que los Toblerones se miraban y no necesariamente se compraban.

En nuestras escalas nunca gastábamos innecesariamente y el paso siguiente fue buscar nuestro lugar de picnic. No era fácil. El terminal estaba lleno de familias hindúes, pakistaníes, africanas, haciendo lo mismo que nosotros: ahorrando. Aburridas, con mis hermanas nos pusimos a correr por unos pasillos anchos, luminosos, donde sonaba una música ambiental (¿Jean-Luc Ponty?) y todo olía a cacao, tabaco negro y a hombres con bigotes y chaqueta de cuero. En esos pasillos, Suiza era el futuro, Italia la prehistoria.

Cansados de buscar asientos libres, terminamos sentándonos en la mesa de un autoservicio. La fórmula era pedir sólo bebidas y abrir nuestra bolsita de picnic debajo o arriba de la mesa, dependiendo de la amabilidad del lugar.

Pero mi papá esta vez no quería saber de panini de salame. Tenía cincuenta dólares y quería gastarlos.

Empezaron a discutir. Ese billete no era de él. Mi mamá le exigió que lo devolviera al bolsillo camuflado donde llevaba el resto del dinero para la resistencia en Chile.

Mi papá no le hizo caso y pidió una fondue de quesos, postres y una botella de vino blanco de Alsacia. Fue un almuerzo con mucho gruyere y pocas palabras.



Luego de beberse casi la totalidad de la botella de vino, rompió el hielo y empezó con sus recomendaciones: cuidado con los autos sin patente, con decir su nombre (el de Juan Bautista también), con responder el teléfono después de las diez de la noche, con hablarle a extraños, etc...etc.

¿Cómo vas a manejar hasta Roma?, fue lo único que le dijo mi mamá.

III  
(O EL MOMENTO DE LAS PREGUNTAS  
PENDIENTES)

—¿Cómo manejaste hasta Roma?

Duerme siesta. Tiene un libro sobre la Segunda Guerra mundial en el estómago que se abre y cierra al ritmo de sus ronquidos.

—Quiero saber qué hiciste esa vez cuando te dejamos en el aeropuerto de Zúrich, en 1983 —le digo igualmente animada por el vino del almuerzo.

Por culpa del tumor maligno yo y mis hermanas nos sentimos con el derecho de interrumpir todas sus siestas pensando que un día ya no va a despertar nunca más. Le preguntamos una infinidad de cosas sin importancia, desde recetas de comida a cómo se llamaba tal o cual persona que conocimos cuando niñas. A él no le molesta. Desde que se convirtió en un hombre capaz de empuñar una pistola, la muerte es algo que teme y jamás ignora. Apenas abre los ojos, mueve los dedos de los pies, cada uno de ellos por separado, sólo para celebrar que está vivo.

—Han pasado tantos años —dice.

Ahora mi papá está más delgado, no cocina ni bebe, y nuestros almuerzos son muy breves. Se la pasa casi todo el día leyendo. Como familia hemos participado de discusiones acaloradas al respecto; si debería leer a Proust que nunca le interesó o explorar algún libro de poesía sobrenatural, Novalis o Hölderlin por ejemplo. ¿Qué es eso de los *Himnos a la noche*? Con Parra me basta, argumenta. Nuestras sugerencias no lo conmueven y sigue con *Los nueve libros de historia* de Heródoto. Con la comida no hay deudas. Ha probado hasta sesos de chimpancé en un viaje oficial a China, un lujo maoísta incomprensible para nuestra limitada cultura occidental.

—¿Papá? —digo asomándome a la puerta.

Acerca su mano al velador, donde esconde un bajativo que bien podría ser un calvados o brandy, pero él hace pasar por té verde.

—Yo ya me morí una vez —dice.

Le digo que sólo venía a ofrecerle un caldo de pollo.

—¿No eres tú la que me preguntaba por Zúrich?

Me siento al borde de la cama y dejo el consomé en la bandeja. Lo escucho.

Salió del aeropuerto, esperó que nuestro vuelo despegara de la pista, y todo le pareció un error o peor, una mala ficción; el proyecto fallido de la UP, las muertes, los llamados frustrados de su madre al Ministerio de Interior, preguntando si tal vez Jaimito podía ayudar a sus ex compañeros de colegio y de universidad a obtener el permiso de regreso. ¿No era suficiente tiempo con la L en el pasaporte?

Había anochecido y si bien estaba acostumbrado a manejar de noche (viajaba una vez al mes a hacer clases de ciencias políticas a la universidad Ginebra), se le ocurrió que no era mala idea regresar a Italia al día siguiente, alojarse en casa del Calambre, también del MAPU, al que le decían así por las secuelas de la corriente. Debía tener anotado el número en su libreta, de la cual tampoco se separaba. Si no lograba comunicarse con él, podía hospedarse en una pensión de estudiantes.

Manejó hasta el centro histórico, dejó el auto en una callejuela sin parquímetro y buscó una cabina. El Calambre se alegró del llamado, estaba con otros chilenos comiendo, había buenas noticias de Chile, en las listas de retornados estaban saliendo nombres conocidos, varios del partido. Al parecer se cansaron de que volvieran socialistas, dijo entre risas, ahora les tocaba a ellos. ¿Por qué no se venía a comer? Había un sofá-cama. Pero él ya no quería saber de esas conversaciones sobre las listas. Estaba harto de esperar el maldito comunicado. El criterio de selección nunca era claro. Su nombre, uno de los últimos por orden alfabético, nunca aparecía. Le inventó una excusa y quedó de volver a llamarlo en unas horas.

Empezaba a llover y decidió entrar a la catedral gótica a pensar, aunque no había nada que pensar, debía tomar el auto y regresar a Roma.

Ese verano había conseguido un trabajo extra los fines de semana. Era guía turística en español. Viajaba a Asís con jubilados de España ansiosos por conocer los frescos de Giotto y del Cimabue antes de morir. Los llevaba a las iglesias, a las pinacotecas y conventos, almorzaban y regresaban a Roma.

Mientras dilucidaba si irse o quedarse esa noche en Zúrich, se acordó de su amigo Litre Quiroga. ¿Por qué Litre no se defendió, no disparó su arma?

No, esa noche no tenía ganas de manejar. Hubiera querido por una vez viajar en avión.

Salió de la iglesia de Carlo Magno a la gran plaza. Pensó en el poder del emperador franco y en el del tirano chileno. La risa de unos jóvenes suizos que caminaban con los brazos tomados, lo despertó de sus reflexiones históricas y, como una suave bofetada en la cara, recordó su risa de juventud. Era 1967. Iba con un grupo de estudiantes a buscar frazadas para las noches de toma de la universidad.

Nunca más reírse así, pensó. Qué tontera.

Los siguió. Siguió la risa de la juventud. Los suizos llegaron hasta la entrada de un cine. El cine era pequeño, un teatro art-decó. Sacó diez de los cuarenta y cinco francos suizos que aún le quedaban y que había cambiado en el aeropuerto, y compró una entrada. La película era *Nostalghia* de Tarkovsky. No entendió un carajo.

Cuando salió de la función, las calles estaban desiertas. Llovía con ganas y decidió meterse a un café a terminar de gastarse el resto del dinero en varios espressos, hasta que saliera el sol.

Sintió que su presencia en ese café noctámbulo no le agradaba al dueño, quien se dirigía a él en alemán y no en francés. Sacó de su maletín papel y lápiz y escribió dos cartas, una a mi mamá y otra a mí y mis hermanas.

La carta era rarísima. Un dibujo a mano de un mapa de Santiago, con distintas flechas que salían disparadas

del Funicular o el cerro Santa Lucía y decían: ¡Visitar aquí! O: ¡Imperdible!

Una de las flechas apuntaba a la tumba de nuestra familia en el Cementerio General. Decía: visitar mi tumba.

Pasada medianoche, el dueño del café lo echó si no seguía consumiendo. Pidió otro espresso. El hombre hizo como que no lo escuchaba. Entonces decidió irse, no sólo de ese café, sino de Suiza. Ojalá de Europa entera. No, *messieurs*, él no iba a terminar como los onas o alacalufes, expuesto en el museo del zoológico humano de Londres o París.

Una vez en el auto, no logró dar con la autopista, y extenuado, reventado, lo hizo: cerró los ojos y aceleró. El auto cayó al río Limmat. En la mitad de la caída vio su cuerpo flotando en el río y se arrepintió. No podía hacerle eso a Litre. La ventana derecha al menos estaba abierta. Impulsó brazos y piernas hacia el asiento del copiloto. No supo cómo pero en dos segundos el auto estaba tocando fondo, y él nadando a la superficie.

El Volskwagen se sumergió al fondo del río.

Llegó hasta la estación de trenes todo mojado, tiritando de frío. Sacó los últimos billetes arrugados del bolsillo y compró el primer boleto para Roma, en económica.

Estuvo todo el viaje preguntándose qué le diría a mi mamá sobre el auto. Me lo robaron en el aeropuerto; en Suiza también roban.

Cuando al día siguiente llegó a la casa, el teléfono sonaba. Quizás cuánto rato llevaba sonando. En Chile estaban todos preocupados por él. ¿Dónde se había metido?

Entonces, recibió la noticia. Fui yo quien se la dio porque mi mamá no podía hilar una frase sin ponerse a llorar.

Saqué la mejor voz de mis doce años y le conté que su nombre estaba en la lista. Se había acabado. Podíamos volver, todos juntos, en avión.

—¿Qué tengo que hacer? —dijo, descubriendo restos de musgo en los zapatos.

—Tu maleta, papá.